

LA MASACRE COMO PROBLEMA HISTORIOGRÁFICO

Por *Fernando J. Devoto*

RESUMEN:

El artículo intenta situar la masacre como problema historiográfico, considera las corrientes más fructíferas en el campo y sugiere líneas de investigación historiográficas al respecto.

ABSTRACT:

The massacre as historiographic problem

The paper attempts to study the massacre as a problem for historiography and historical analysis. It also suggests a consideration of the most fruitful approaches to the field and considers possibilities for historical research on the subject.

PALABRAS CLAVE: *Masacre, historiografía, memoria, ideología, condiciones de posibilidad.*

KEY WORDS: *Massacre, historiography, memory, ideology, conditions of possibility.*

UBA/UNSAM

RECIBIDO: 06/10/10
ACEPTADO: 15/12/10



*Remota itaque iustitia quid sunt
regna nisi magna latrocinia?*
Agustín, *De Civitate Dei*, 4, 4

— I —

Debo comenzar esta exposición agradeciendo la invitación de José Emilio Burucúa y aclarando que nunca he trabajado sobre el tema que él generosamente me ha propuesto y que el problema mismo se encuentra alejado de mi horizonte historiográfico. Algunos trabajos que el mismo Burucúa me ha facilitado me han ayudado a percibir la extensión de la temática entre los historiadores actuales. Es decir, la emergencia de las masacres no ya como objeto de investigaciones puntuales, que desde luego existen desde mucho antes, sino como un campo historiográfico articulado en el que convergen investigadores de distintos orígenes nacionales y que trabajan sobre periodos muy diferentes de la prehistoria al presente y del que el coloquio “Las masacres del mundo moderno”, que tuvo lugar en la Universidad de San Martín en octubre de 2010, es un buen ejemplo. En cualquier caso, la mía será una mirada externa con todos los problemas que ello acarrea y tal vez, solo tal vez, con algunas ventajas.

La primera pregunta que me surge ante este crecimiento de un campo de estudios en torno a las masacres es acerca de las razones de esa emergencia y el tipo de reflexiones que se me ocurren son de dos tipos. La primera, bastante previsible, es que los historiadores que trabajan sobre el tiempo están ellos mismos en la temporalidad y ello les influye de diferentes maneras. Ante todo, y más allá de los motivos individuales que siempre pueden postularse, me parece que algo hay en el clima de época actual, si se prefiere en la sensibilidad contemporánea, que orienta el interés hacia este tipo de acontecimientos. Desde luego, ello tiene que ver con la persistencia de masacres en las sociedades actuales las que, mayores o menores que en el pasado, son ciertamente mucho más visibles y afectan a las personas corrientes de un modo mucho más relevante ya que no se trata solamente ahora de relatos o de cables transmitidos por las agencias de noticias sino de algo que viene acompañado de imágenes y sonidos que muestran vívidamente y a veces en directo a las masacres contemporáneas.

Esa mayor visibilidad e impacto sensorial de las masacres va acompañada por la expansión memorialística, otro fenómeno en neto crecimiento en los años recientes y que orienta de muchos modos la recuperación de la experiencia de otras

masacres de las décadas pasadas en las cuales, nuevamente, los cada vez más importantes testimonios de los sobrevivientes, en lo que ha sido llamada “*L'ère du Témoin*”, se aúnan a las imágenes de los lugares del horror, de Auschwitz a *le Fosse Ardeatine* a Srebrenica o a la Escuela de Mecánica de la Armada, por poner ejemplos distantes en el espacio y en el tiempo pero de los cuales tenemos todavía testigos y testimonios. Desde luego ello lleva más atrás aún, en una especie de efecto dominó, a una revitalización de las memorias de otras masacres de la primera mitad del siglo XX, por ejemplo con el caso armenio, y aún más atrás. Ciertamente también, las transformaciones culturales e ideológicas sucesivas a la caída del Muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría han ampliado el horizonte de las matanzas incluyendo, por ejemplo, Katyn o más en general las atrocidades de regímenes como el stalinismo o los khmer rojos desprovistos ahora de la cobertura o enmascaramiento ideológico que brindaba el combate comunismo-capitalismo. Por otra parte, el proceso de descolonización también llevó a una mayor concientización y conocimiento de las atrocidades europeas fuera de Europa, baste señalar aquí el caso argelino y subsiguientemente a una renovada mirada sobre las masacres en el África poscolonial hasta el día de hoy. Asimismo, la

creación de una Corte Penal Internacional, la importancia de los acuerdos internacionales de derechos humanos, el principio de extraterritorialidad e imprescriptibilidad de los crímenes de lesa humanidad son todos síntomas de nuestro tiempo, en especial en las sociedades occidentales.

Un segundo orden de consideraciones es estrictamente historiográfico. No es ninguna novedad señalar hasta qué punto el territorio de la historia se ha, a la vez, dilatado y fragmentado. De ese proceso han surgido tanto temas nuevos como enfoques nuevos. Y todo parece ser objeto digno de la curiosidad del historiador. Lo es al precio de un crecimiento desordenado que dificulta la comprensión de un pasado cada vez más complejo y en parte más ininteligible. Tenemos muchas piedras cortadas según los requerimientos de nuestra profesión pero no podemos armar el edificio.

De ese abigarrado movimiento quisiera detenerme en dos aspectos que me parecen vinculados con la emergencia de las masacres: el retorno del acontecimiento y el retorno del actor. Dimensiones que en parte pueden relacionarse y en parte no. Se relacionan en que ambos aspectos orientan o posibilitan la recuperación de la experiencia de los sujetos (la pequeña x de Droysen), tanto de sus estrategias como de sus vivencias, y

de sus percepciones de los procesos macroestructurales (suponiendo que estos existan) que los afectan. La *Alltagsgeschichte* o la microhistoria pueden ser ejemplos de ello. Con relación a esta última, además, siempre se ha señalado la importancia otorgada a la reducción de la escala espacial de la observación, es decir al uso del microscopio. Se ha señalado menos que suele implicar una diferente percepción de la temporalidad. Ello puede involucrar sea la reducción de la temporalidad observada (una especie de anti *longue durée*) sea la dilatación de la temporalidad narrativa sobre un tiempo histórico breve.

En cuanto al retorno del acontecimiento (profetizado ya por Pierre Nora hace treinta años en un conocido artículo) pueden diferenciarse dos movimientos paralelos. En uno de ellos el acontecimiento no es revaluado en sí mismo sino como un lugar particularmente apto para poder percibir en él y desde él un amplio juego de fuerzas en conflicto que permita en su densidad la comprensión de grandes procesos históricos en tanto momento de condensación de los mismos. En cierto modo el acontecimiento es en este caso, o una excusa o un mirador privilegiado de procesos más largos que se entrecruzan en el acontecimiento y se suceden en las narraciones y las imágenes posteriores del mismo. Quizás un ejemplo de ello sea la "*Le dimanche de*

Bouvinès" de 1214 de Georges Duby.¹ Por otro lado, el acontecimiento puede ser percibido también como un termino *ad quem* que organiza desde él (en tanto su culminación necesaria) un largo movimiento histórico precedente. Ejemplos de ello son, por caso, la ascensión de Hitler al poder en 1933 para algunos historiadores alemanes del grupo de Bielefeld, o 1789 para una parte de la historia social francesa. Va de suyo que el segundo movimiento lleva al interés por el acontecimiento en sí mismo, en tanto un lugar único e irreplicable, entre tantos otros acontecimientos únicos e irreplicables específico ámbito en el que pueden percibirse las experiencias y las vivencias de las personas pero que también, desde otras tradiciones historiográficas, en esa singularidad contextualizada pueden proveer los insumos para una hermenéutica de lógicas sociales y culturales.

Desde luego que las masacres como objeto histórico son ante todo un acontecimiento y pueden ser abordadas desde aquellas dos perspectivas: como mirador o como problema en sí. Por otra parte, ese tipo de acontecimiento aunque sea recurrente o reiterado a lo largo de los siglos es, a la vez, excepcional y un caso límite. Es excepcional porque sea a partir de

1. Duby, Georges, *Le dimanche de Bouvinès*, París, Gallimard, 1973

una mirada desde arriba, los procesos históricos no están constituidos por masacres permanentes, o sea a partir de una mirada desde abajo, la experiencia de las personas concretas tampoco tienen que lidiar permanentemente con esa situación extrema, entre otras cosas porque la violencia extrema no puede ser un estado social permanente.

Mucho hizo la historia social para salir de la trampa de los acontecimientos extremos y altamente visibles como lugar excluyente de indagación de un proceso social (de una guerra a un motín, de una manifestación a una huelga). Y para ello invito a los lectores a pensar en cada uno de ellos en la duración de sus días. Por otro lado, y en sentido contrario, bien puede preguntarse qué nos enseñan los casos límite sobre las situaciones “normales”. No tengo una respuesta, como saben se ha argumentado acerca de que los casos límite revelan por el contorno toda una trama civilizatoria que está delimitada por los mismos. Sin embargo, se puede ir también más allá y preguntarse si las masacres son un indicador no sólo de los límites sino de los grados de civilización de una sociedad dada o del ser humano todo. Problemas todos hasta aquí que dejo abiertos a los especialistas sea en torno a sus motivaciones para trabajar sobre las masacres sea en la amplitud de la com-

prensión histórica que consideran pueden extraer de su conocimiento.

— II —

Hasta ahora he usado reiteradamente la palabra masacre sin detenerme a definir su contenido. He comprobado en los libros de Mark Levene y Penny Roberts, en el de David El Kenz o en los artículos de Burucúa y Kwiatkowski que el mismo no coincide y que por ende parece difícil definir por el contorno a las masacres.² Una de las cuestiones que entran aquí en juego está relacionada con otro término: genocidio. Me parece bastante evidente que las definiciones de los dos acontecimientos están interrelacionadas y que cuanto más amplia es la definición de masacre más acotada es la de genocidio y viceversa. Si por ejemplo se toma una definición de genocidio que implica la necesaria existencia de un estado criminal y una ideolo-

2. Levene, Marc y P. Roberts (eds.), *The massacre in history*, Nueva York y Oxford, Berghahn Books, 1999, El Kenz, David (ed.), *Le massacre, objet d'histoire*, París, Gallimard, 2005. Burucúa, José Emilio y Nicolás Kwiatkowski, “Hunt, Martyrdom, Hell. Is it Possible to Forge a New Global Vocabulary Regarding Genocide Based on a Historical Approach to the Representation of Massacres?”, en *Constellations Review*, en prensa.

gía asociada a él, el número de genocidios baja (aunque siempre será discutible qué deberá entenderse por estado criminal e ideología criminal, en el sentido de la extensión del vocablo criminal) y las masacres parecen aumentar ya que allí entrarían todos los crímenes masivos no ejecutados por aquel estado criminal. Si, por otra parte, tomamos una definición de masacre mínima, como asesinatos masivos perpetrados por un grupo humano sobre otro, en un cuadro de desigualdad de fuerzas, muchos fenómenos caen dentro de ello y el genocidio puede ser visto o no como una variedad extrema de las masacres. De todos modos, es bien problemático que se entienda por grado de desigualdad de fuerzas ya que aquí el historiador opera con una definición *ex post* que es diferente a la que podían tener los protagonistas. Hay cierta relación entre grandes miedos (injustificados diría el historiador) y masacres. Acá siempre es bueno de todos modos, recordar el famoso teorema de William Thomas, si las personas creen que algo es real es real en sus consecuencias. Por otra parte, si dentro de la categoría masacre incluimos aquéllas contra otras especies (lo que sería un modo refinado de sostener lo que una vez había dicho nuestro José Ingenieros que la sociología era una rama de la zoología) e incluimos allí las masacres o matanzas, como se usaba terminológica-

mente por estas latitudes, de lobos, de búfalos o las de perros (tan habituales en el Río de la Plata hasta el siglo XIX) todo adquiere más amplitud y pierde, en mi opinión, bastante sentido. En cualquier caso, me parece poco fructífero buscar consensuar definiciones improbables y mucho más provechoso utilizarlas de manera operativa. Es decir partir de algún lado y ser consecuente con la definición escogida.

En cambio, quisiera detenerme sobre otras dos cuestiones: la primera es que las masacres existen desde mucho antes que se acuñara la palabra masacre, igual que los genocidios. Ello debería llevar a una exploración de los distintos términos empleados para aludir a fenómenos formalmente semejantes, es decir a operar con distintas palabras y a su vez tratar de historizar su sentido, mas allá de las definiciones jurídicas o de los diccionarios, todo lo que debería llevar por un camino interesante.

Tan interesante como sugerir que el problema de las masacres debe ser colocado en un contexto concreto o específico que ilumina su múltiples sentidos (la clásica operación contextualista de los antropólogos) pero también en su temporalidad singular (la clásica operación historicista). Es decir que tipo de interlocución tienen, en distintos lugares y en distintas épocas históricas, el hecho concreto (la masacre) y la sociedad y la

cultura de su tiempo. Como algunos saben, soy el último historicista así que me interesan los cambios y las continuidades en el ejercicio de las masacres en su recepción por una sociedad y una cultura y en su transmisión sucesiva. Decir que las masacres del mundo antiguo son diferentes de las contemporáneas y porqué, he ahí una buena pregunta. Indagar qué relaciones pueden establecerse entre aquellas masacres y las sucesivas, o para la historia cultural entre las representaciones de las masacres en un momento y en otro, he ahí lo que yo considero preguntas a no dejar de lado. Preguntas que remiten a otros problemas, culturales, sociales e institucionales también cambiantes en el tiempo. Por ejemplo, estado (y/o estado criminal), formas de la política, relaciones con el otro, relaciones con la muerte, etc., deberían ser colocadas antes que nada en una perspectiva histórica.

— III —

Legados hasta aquí quisiera sugerir algunas cuestiones en torno a la comprensión histórica de las masacres. Recordaría ante todo algo muy obvio: que es un tema difícil para un historiador que debe lidiar con fenómenos monstruosos y que a partir de allí pueda ser llevado a una identificación con las víctimas

que lo convierta, en la conocida expresión de Lucien Febvre, en uno de los jueces suplentes del valle de Josafat (y cuán difícil es no identificarse con las víctimas a riesgo de perder o abandonar cualquier voluntad de comprensión, en el sentido de *verstehen*). Inversamente también, el historiador puede terminar, en última instancia, sino justificando sí exculpando o matizando. Tomemos un ejemplo, lo que el gran historiador que fue Jules Michelet escribió a propósito de las matanzas de septiembre de 1792, en un fragmento pleno de intentos de establecer matizaciones, de precisar contextos, de exhibir la ambigüedad y a la vez la cadena de causas y efectos, y de brindar en ese cuadro comprensivo, más allá de tantas precauciones retóricas, una cierta justificación o al menos un modo de exculpar a la revolución ya que no a los actores concretos (“idiotas”, “borrachos”):

“Librenos Dios de disminuir el horror que aquel crimen ha dejado en la memoria! Nadie seguramente lo ha sentido más que nosotros, quizás nadie ha llorado más sinceramente a aquellos mil hombres que perecieron, que casi todos habían hecho en su vida mucho mal a Francia pero que con su muerte le hicieron un mal eterno.(...) “Los trescientos o cuatrocientos borrachos que los mataron han hecho por el

antiguo régimen y contra la libertad más que todos los ejércitos de los reyes, mas que la misma Inglaterra con todos los millones que gastaron sus ejércitos. Aquellos idiotas han levantado la montaña de sangre que ha aislado a Francia y que en su aislamiento la ha forzado a buscar su salvación en los medios del Terror” (...) “Lo mismo hubiera ocurrido en Inglaterra, en Alemania y en todos los pueblos de Europa, su historia no es estéril en matanza. Peor lo que la historia de ningún pueblo presenta en tan alto grado, es la asombrosa erupción de heroísmo, el inmenso impulso de abnegación y de sacrificio que entonces presentó Francia. Cuanto más se sondee aquella época, cuanto más seriamente se investigue lo que fue verdaderamente el fondo general de la inspiración popular, más se hallará que en modo alguno fue la venganza, sino el sentimiento profundo de la verdad ultrajada, contra el insolente reto de los tiranos, la legítima indignación del derecho eterno.”³

En cualquier caso, y para volver a matizar, agregaría un ejemplo a las alegorías acumuladas por Burucúa y Kwiatkowski, recordando lo que el mismo Michelet dice cuando narra

3. Michelet, Jules, *Historia de la Revolución francesa*, Buenos Aires, Argonauta, 1946, t. II, pp. 366-367.

el juicio a Jean Baptiste Carrier de noviembre de 1794: “*Ce fut un immense poème dantesque qui, de cercle en cercle, fit redescendre la France dans ces enfers, encore mal connus de ceux-là même*”.

El historiador puede estar también ocasionalmente de los dos lados de la cuestión. Veamos a Adolphe Thiers en su *Historia de la Revolución francesa* hablando también de nuevo de Jean Baptiste Carrier y su accionar en las celebres masacres de Nantes (que incluyeron como se sabe el ahogamiento en masas en el Loira de centenares sino miles de prisioneros entre ellos mujeres y niños). “*un de ce êtres mediocres et violents qui deviennent des monstres de cruauté et d’extravagances*” que aplicaba métodos horribles e infernales.⁴ Veamos al mismo Thiers, ahora como político y en tanto Presidente provisional de la naciente Tercera República, aunque los métodos y la escala no sean comparables, que ordena la masacre de las personas de la Comuna de París en 1871.

Finalmente, el historiador puede también caer en un pesimismo radical como el de Jacob Burckhardt, quien en sus *Reflexiones sobre la historia universal* concluía que el reinado del mal era un elemento perdu-

4. Thiers, Adolphe, *Histoire de la Révolution française*, Bruselas, Société des Bibliophiles Belges, 1841, v. 2, pp. 71-72.

table de ella, que ese mal se presentaba bajo el aspecto de la violencia y del derecho del mal fuerte y que la ley de las compensaciones, el mal que engendra el bien, no puede excusar a aquel ya que “nacer y morir es la suerte de todas las cosas terrenas pero podemos considerar que todavía vida humana destruida antes de su hora es irremplazable, aunque fuese por otra vida igualmente buena”.⁵ Qué quedaba ante el desolador espectáculo del pasado y del porvenir (señalo aquí al pasar la predicción de Burckhardt acerca del monstruoso papel de las guerras futuras), sólo el himno al conocimiento, un conocimiento puro que no debía derivar sin embargo de la indiferencia por la miseria humana. Reflexión que bordeaba un problema mayor el mal-el bien, ¿dualidad o entrelazamiento? Si aun los más grandes espíritus humanos que partían de la dualidad lo tuvieron en sus propias acciones y en sus propios discursos mezclados... Empero he allí una cuestión basal que según el camino escogido por el historiador puede llegar a muy diferentes lugares.

En cualquier caso, yo quisiera aquí partir de una observación de Norbert Elias sobre la *Shoah* que brinda una posibilidad de acercarse a una

comprensión histórica de las masacres y a la vez justifica la necesidad de ello. Dice Elias:

*“Todavía se tiende fácilmente a confundir la necesidad social de exigir responsabilidad individual a las personas por los daños y el dolor causado a otros y la necesidad social de encontrar explicaciones sociológicas y también psicológicas de cómo y por qué ocurrió el hecho. La segunda necesidad no anula la primera. Ambas tienen su lugar en el curso del acontecer humano. Aún de adjudicarse un interés central a la acusación hay que encontrar explicaciones; y el intento de explicar no necesariamente equivale al de disculpar”.*⁶

Algo no muy diferente a lo dicho en su momento por ese otro gran estudioso que fue Georges Mosse. Desde luego que esto es más fácil enunciarlo que llevarlo a cabo.

Por otra parte, Burucúa y Kwiatkowski han formulado una objeción importante: la dificultad de la narración de masacres y genocidios, señalan ambos, es el quiebre de las cadenas de causas y efectos y el derrumbe de la continuidad histórica. Sobre lo segundo, creo que coincidiríamos en que depende del tipo de masacre y que no hay una ley gene-

5. Burckhardt, Jacob, *Reflexiones sobre la historia del mundo*, Buenos Aires, El Ateneo, 1945, p. 278.

6. Elias, Norbert, *Los alemanes*, Buenos Aires, Nueva Trilce, 2009, p. 309.

ral al respecto. Sobre lo primero, problema bien interesante porque se coloca en el centro de la cuestión de la racionalidad histórica, yo propondría una mirada alternativa, en vez de reconstruir la cadena entre causas y efectos (o con una terminología distinta, las relaciones medios/fines), por qué no pensar desde otra perspectiva que yo llamaría condiciones de posibilidad. Sin dejar de otorgar al acontecimiento y a las coyunturas su importancia, ¿no es posible pensar en un plazo más largo algunas cuestiones que pudieron favorecer o entorpecer el desarrollo de una masacre o un genocidio entendido como un hecho inscripto en un decurso histórico desprovisto de toda idea de necesidad? Es, por lo demás, lo que trataron de hacer, desde Elias a Mosse desde Jürgen Kocka a Ulrich Wehler para explicar el nazismo.

— IV —

Trataría entonces de sugerir algunas cuestiones en torno a esas “condiciones de posibilidad” acompañadas de algunos ejemplos que a un historiador generalista y poco avisado le parecen importantes.

Sin establecer una jerarquización entre ellas, propondría en primer lugar volver a considerar las dimensiones ideológicas tan dejadas de lado en los últimos tiempos. E incluyo

aquí ideologías sistemáticas y asistemáticas. Como ha señalado de nuevo Elias, si el nazismo puede ser explicado en términos de medios/fines, Auschwitz no puede ser explicada en un enfoque racionalizador de ese tipo, solamente puede hacerse en relación con la ideología nazi. Estaba todo escrito y sin embargo nadie lo tomaba en serio. Todo parecía pura propaganda, un instrumento para construir determinados consensos con el tema antisemita, etc. Pero a la larga, suponían las clases dirigentes europeas y los espíritus cultivados en Alemania, que no iba en serio. Pues sí iba en serio. Esto no significa que todo discurso de exterminio vaya a concretarse en tal. Solamente recuerda la necesidad de prestar atención a los discursos. Soy de los primeros en estar de acuerdo con Marx y con Pareto en el carácter alienado o residual y derivativo de los discursos ideológicos, pero no en todos los casos. De todos modos, creo que es bueno tomar un poco más en serio los discursos que lo que se lo hace habitualmente, por parte de muchos historiadores y por parte de los ciudadanos de cualquier nación.

Desde luego que *Mi lucha* es un texto explícito, pero hay otros cuyas consecuencias últimas que de él pueden derivarse no dejan de ser también amenazadoras. Una de ellas es la ideología de la razón de estado cuya larga pugna con la ideología de los de-

rechos naturales tan central fue en el pensamiento europeo entre los siglos XVI y XIX, como mostró en su momento Friederich Meinecke. Al respecto, no leamos a Maquiavelo, tan utilizado ya, leamos a Hegel, en un fragmento de 1801-1802 titulado, “Libertad y destino”:

“el estado no tiene ningún deber superior al de mantenerse a si mismo... son los filántropos y los moralistas los que acusan a la política de ser un método y un arte para asegurar el propio provecho a costa del Derecho como un sistema... y es un público de charlatanes y políticos imparciales, es decir una multitud sin patria ni interés alguno, cuyo ideal de virtud consiste en la tranquilidad que se disfruta en la cervecería, quienes acusan a la política de falta de lealtad y de inconstancia antijurídica y abrigan por ello desconfianza frente a los intereses de su estado en relación con la forma jurídica... Tan necios son los hombres que los aspectos de una altruista libertad religiosa y política y el entusiasmo íntimo le hacen olvidar la verdad, la que se encuentra en el poder.”⁷

Empero, vayamos mas atrás y oigamos a ese escéptico y pesimista

7. Cit. por Meinecke, F., *La idea de razón de estado en la edad moderna*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1983, p. 364.

que era Traiano Boccalini, quien pese a despreciar íntimamente el mundo de la política no dejaba de considerar que “El hombre político convierte en máxima de su obrar la de que, por encima de todo, se encuentra la necesidad de afirmarse y mantenerse en el Estado y llevado por esta máxima pisotea todos los otros valores del cielo y de la tierra” y que, ferviente creyente en que no puede haber más que una religión en un estado (igual a la del príncipe), en una de sus escenas del Parnaso hace condenar a la hoguera a Bodin por su “perniciosa” doctrina de la tolerancia.⁸

Ciertamente por este camino se puede ir también demasiado lejos. El hugonote Inocencio Gentillet en su *Discours* de 1576 atribuía la masacre de San Bartolomé no a una querrela religiosa sino a la difusión del maquiavelismo (y aquí hay que leer razón de estado) en Francia a través de Catalina de Médicis. Su visión era desde luego simplista y sus filiaciones inseguras y sin embargo, pese a ello, incluso ese ejemplo excesivo debería precavernos contra la moda de los tiempos que deja de lado tan rápidamente los argumentos que he elegido llamar ideológicos.

Desde luego que ese tipo de imperativos no deriva de una ideología específica como la de la “razón de

8. *Ibíd.*, p. 78.

estado” sino que la antecede y puede pensarse simplemente como el problema del poder y su relación con la libertad. Creo que todos conocen aquí el argumento que Tucídides pone en boca de los atenienses en su guerra contra los melios:

“La justicia prevalece como línea de conducta en los razonamientos de los hombres cuando las fuerzas se mantienen iguales por ambas partes. En caso contrario los fuertes ejercen su poder y los débiles están obligados a ceder ante ellos”.

Difícil expresarlo más crudamente.

Dejemos ahora atrás las cuestiones ideológicas y pasemos a otras a ellas aledañas: las políticas. La política y las masacres, y aquí estamos mucho más ligados tanto a la coyuntura como al mediano plazo (por ejemplo una configuración política). Solamente me detendré en un ejemplo que me impresionó bastante particularmente por razones que creo serán obvias para el lector. Fue la masacre o genocidio de los vandeanos, luego de derrotados militarmente, por parte del general Louis Marie Turreau y sus columnas infernales en 1794. Y sigo aquí la interpretación de Patrice Gueniffey:⁹ Turreau un noble –y por ende siempre sospecha-

ble de su lealtad republicana– es enviado a la Vandea para terminar de resolver el problema mediante una política de aniquilamiento de las fuerzas subsistentes y de deportación masiva de los habitantes. Las atrocidades de las fuerzas republicanas que aquí interesan ocurren luego de la finalización de los combates y no durante ellos. Pero ¿cual es el contexto? Primero, el discursivo: los vandeanos son considerados discursivamente como no humanos, una raza maldita de “bestias feroces” a los que hay que dar la caza (ciertamente esas expresiones acerca de la no humanidad de determinados grupos humanos están presentes desde antes en muchos lugares inesperados, ¿no había dicho Voltaire que los integrantes del populacho eran “animales por debajo del hombre, especies de bestias” y Restif de la Bretonne que era “una especie de animal, privado de ojos, de orejas, de gusto y de sentimientos”, por no citar además a los reaccionarios, donde es mucho más abundante la cosecha. como Rivarol y su populacho caníbal, antropófago?). En síntesis, la deshumanización del otro, en un caso como discurso que no se pensaba de aplicación práctica (Voltaire, Restif), en el otro (la Convención, el Comité) discurso que fundamenta una acción concreta.

En cualquier caso, el tema en el análisis de Gueniffey presenta otras aristas de interés, en primer lugar la

9. Gueniffey, P., *La politique de la terreur*, París, Gallimard, 2003.

pluralidad de actores y sus conflictos internos, La Convención que ordena la deportación no la masacre, el Comité de Salud Pública que amplía el alcance de la medida, por vía de Barère, y que amplía la categoría de enemigos de los combatientes a toda la población y finalmente justifica la masacre. Y aún dentro de ellos las facciones y las luchas en la Convención (en la que los hebertistas jugaban a apoyar las soluciones radicales), en el Comité, en París y sumado a ello un general que cree que no puede cumplir con el cometido establecido y decide cambiar de deportación a exterminio. Empero, allí aparece otro aspecto significativo. Habiendo decidido el exterminio de mujeres y niños, Turreau escribe al Ministro de la guerra lo siguiente: “si es necesario pasar a todos (mujeres y niños) por el filo de la espada, yo no puedo ejecutar una medida semejante sin un decreto que ponga a cubierto mi necesidad”. Turreau juzgado en 1795 fue absuelto por obedecer órdenes, sería luego embajador de Napoleón en Estados Unidos, morirá tranquilamente en 1816 durante la restauración.

Solo quiero llamar la atención, con este ejemplo tan evocador, acerca de la dinámica política y su relación con una masacre, esto es, la cadena de azares no de causalidades que pueden estar involucradas tanto como a esa dinámica entendible co-

mo propiciatoria pero también, antes de ello, como una condición de posibilidad.

— V —

Hasta aquí hemos hablado más bien de dimensiones que conciernen a elites en sentido amplio, dirigentes políticos, pensadores, creo que debemos también volver la mirada hacia otras condiciones de posibilidad. Llamaría la atención, en primer termino, hacia las sensibilidades. Philippe Ariès entre otros (y entre esos otros el historiador uruguayo José Pedro Barrán o el italiano Alberto Tenenti) escribió páginas inteligentes acerca de las actitudes ante la vida y la muerte. Ciertamente la muerte cotidiana omnipresente, visible y pública era lo habitual hasta tiempos cercanos. En Buenos Aires, en julio de 1812, en la ejecución de Alzaga y otras 30 personas, fueron llevados a presenciarla en la Plaza de la Victoria los escolares de Buenos Aires y todo era algarabía entre la muchedumbre en la que aquellos niños estaban incluidos. Largas vivas, música entre las que sonaba la entonces llamada Canción Patriótica, apedreo del cadáver colgado y lanzamiento de monedas a la multitud. Un día de fiesta como lo relata Beruti en sus *Memorias curiosas*.¹⁰ Esa

10. Beruti, J.M., “Memorias curiosas”, en

costumbre de presenciar las ejecuciones, de ver en ellas algo festivo, de acostumbrarse a convivir con los cadáveres o las cabezas colgadas en una plaza, en suma de la banalización de la muerte, duró bastante tiempo. En Montevideo, al menos hasta 1864 en que fue prohibido, los maestros llevaban a los escolares a presenciar las ejecuciones.¹¹

Empero tomemos otro ejemplo tan rioplatense, el degüello, famosos generales degolladores Ángel Pacheco y Manuel Oribe, quizás para complacer a su jefe, pero también un promotor de degüellos, el civilizado Sarmiento.

Se dirá que siempre hubo contrapesos, algo que imprecisamente llamamos opinión pública. Las masacres no han sido populares en la opinión y ya desde el mundo antiguo tantas fueron condenadas. Ellas u otros hechos hurtaban la conciencia de muchas personas, así ocurrió con la destrucción de Corinto o la de Cartago, con la masacre de los inocentes, con la noche de San Bartolomé o con el exterminio de indígenas durante la conquista de América. Una opinión que pesaba más o menos según los casos y que daba

lugar a nuevas ideologías justificatorias, a leyendas negras y rosas y a nuevos mitos de los orígenes.

Se dirá también que el disciplinamiento social de la modernidad detrás del cual, por sugerir una analogía gramsciana, estaban el maestro de escuela, el cura y el suboficial, formadores de conciencia, al menos de los italianos, no suprimió las masacres pero generó la distancia y el horror hacia ellas (aunque las guerras masivas del siglo XX implicaran, en la conocida expresión de Georges Mosse, nuevas formas de brutalización, de la política y de la vida toda que evitan pensar en itinerarios lineales y progresivos). En cualquier caso, en general, el proceso civilizatorio implicó cambios no menores en las “sensibilidades”. Cambió, no para las víctimas pero sí para los contemporáneos, de significado y cambiaron por tanto sus condiciones de posibilidad. En muchos casos, la masacre se constituyó en lo negado o en lo no decible. Me apropio aquí (y la distorsiono) de una idea de Ariès, el espacio de lo que llamaba el secreto, es decir de lo no comunicable. El caso argentino es aquí ejemplar, los desaparecidos son ejemplares, de esa distancia entre la sensibilidad de una sociedad que no quería enterarse y unos victimarios que negaban lo que hacían. Una especie de secreta complicidad en algunos casos, la indiferencia en otros. Combatientes, víc-

Senado de la Nación, *Biblioteca de Mayo*, Buenos Aires, 1960, t. IV, pp. 3830-31.

11. Barrán, J.P., *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, Montevideo, Banda Oriental, 2009, pp.287-289.

timas, resignados, testigos, testigos involuntarios, indiferentes, y muchas otras posibilidades. Todo no hubiera sido posible sin eufemismos y sin secretos, si las personas de a pie hubieran sido confrontadas, aunque solamente fuese visualmente o auditivamente con el horror, ese horror que no los hubiese horrorizado un siglo antes. Una tecnología moderna, si pero una sensibilidad nueva, también.

Agrego para concluir, las masacres son algo diferente para aquellos para

quienes fue una experiencia vivida que para aquellos que fue una recuperación a través de la memoria adquirida o recibida (lo que los antiguos llamaban memoria artificial o de repetición como opuesta a la memoria natural). De la experiencia a la memoria (y entre ellas un temor, el olvido) he ahí otro tránsito en el cual pueden ser colocados esos acontecimientos extremos que denominamos masacres, tránsito que muda también su significado para las personas y para los historiadores.

